

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

El llanto de la mujer policía: un (a) caso tóxico de (violación).

Maidana, Miriam.

Cita:

Maidana, Miriam (2012). *El llanto de la mujer policía: un (a) caso tóxico de (violación)*. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/831>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/KMa>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL LLANTO DE LA MUJER POLICÍA: UN (A) CASO TÓXICO DE (VIOLACIÓN)

Maidana, Miriam

UBACyT, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

Resumen

Un mediodía cualquiera, un Centro Público de Atención a las Adicciones, un nombre anotado en un turnero, un llamado y una entrevista. Motivo de consulta: intento de suicidio. Derivación: Comisaría de la mujer. Escenario: una esquina, frente a una estación de trenes. Una analista. Un/a consultante. La escucha, el armado de un dispositivo y la puesta en palabras del "secreto". Una violación infantil y su relación con las toxicomanías de la adultez. La desmentida materna. Lo siniestro. El armado de un dispositivo teniendo en cuenta el "caso por caso". El basamento teórico: psicoanálisis aplicado, Efectos terapéuticos rápidos. Acotar el goce, el cuidado del cuerpo imaginario. Algo del límite, y unos pocos instrumentos: una analista, un paciente y algunos pañuelos.

Palabras Clave

Toxicomanías, Violación, Dispositivo, Psicoanálisis

Abstract

THE CRY OF WOMEN POLICE: A (A) TOXIC EVENT (RAPE)

One afternoon everyone, Public Service Center for Addictions, a name noted in turnero a call and an interview. Complaint: suicide attempt. Derivation: Commissioner of women. Scenario: a corner in front of a train station. One analyst. A / a consultant. Listening, armed with a device and put into words the "secret". Child rape and its relationship to substance abuse in adulthood. The mother denied. The Uncanny. The assembly of a device given the "case by case." The theoretical basis: applied psychoanalysis, rapid therapeutic effects. Refine your enjoyment, imaginary body care. Some of the limit, and a few instruments: an analyst, a patient and some headscarves.

Key Words

Addiction, Psychoanalysis, Device, Violation

"Se considera una persona feliz?

-Sí. ... quiero decir, no. Quiero decir, lo seré.

Srta Osborne, no existen las respuestas correctas aquí.

-Sí, soy una persona muy feliz.

Cómo puedo ayudarla si no es honesta conmigo?

-Firmando ese consentimiento, por favor.

La Asoc Psiquiátrica Americana categoriza la disforia de género como un desorden mental muy serio.

-Después de mi operación ni un ginecólogo podrá detectar algo fuera de lo común en mi cuerpo. Seré una mujer. No le parece raro que una cirugía plástica cure una enfermedad mental?" (1)

Transamérica, de Duncan Tucker (2005)

G. se presentó un mediodía de un martes cualquiera. Llevaba una camiseta blanca de la que asomaban dos bolas de tela a modo de senos, pecho y brazos muy peludos, un jean, unas sandalias blancas, el cabello por los hombros mitad castaño, mitad decolorado con manzanilla, las uñas rojas con el esmalte saltado, y un monedero. Muy callado, solo contestaba cuando le preguntaba algo. Entre otras cosas, el motivo de su consulta. "Me quise suicidar", dice en voz baja, "el domingo fue. Yo estaba sentado en las vías del tren esperando que pase y una mujer me agarró de atrás, con dos personas más me subieron al andén y me preguntó que me pasaba. Le dije que no aguantaba más, que andaba de mal en peor. Ella me abrazó y yo me largué a llorar, ella hizo lo mismo. Yo no podía creerlo: nunca había visto a un policía llorar. Y me dijo que me iba a dar un teléfono, que antes de hacer locuras intentara ir a hablar con alguien, así que ayer pasé y saqué un turno, acá estoy". Luego comienza a hablar de su historia: primer hijo varón de una mujer que lo tuvo a los 17, producto de un romance ocasional con un hombre casado. Nunca le quiso decir quién era su padre, se enteró hace muy poco: un colectivero que vivía a pocas cuadras de su casa. Su madre al poco tiempo de nacer G. se puso de novia y lo entregó a sus abuelos: vivió y fue criado por ellos hasta su muerte, la de su abuelo hacía 7 años y la de su abuela un par de años atrás. G. hizo el secundario, y su abuela "me tenía cortito. Una vez me encontré fumando un cigarrillo y me dijo: "Así que ya sos grande? Bueno, entonces te lo vas a fumar entero" y me hizo tragar el cigarrillo prendido. Yo no me moví de su lado durante toda su enfermedad, que fue muy dolorosa: tenía cáncer en el estómago, pero siempre pensé que se iba a curar... ella no podía morirse, pensaba yo. Que iba a hacer yo entonces?". Fue un buen alumno y trabajó después de recibido en una fábrica. Tuvo novia 4 años, de adolescente. ¿Tuvo hijos? G. me mira sorprendido, y contesta: "No sé, estuvimos juntos muy pocas veces... aunque mi abuela antes de morir me dijo que yo tenía una hija, pero no sé, ella nunca me dijo nada". Ella sigue viviendo cerca, pero no se han vuelto a cruzar: lo sabe por sus hermanas (su madre tuvo 7 hijos con su pareja, de la que está separada. Esos hijos son criados por ella). Le pregunto por qué no se acerca a confirmar lo que dijo su abuela, y me mira fijo, triste: "A usted le parece que yo puedo presentarme así?" Así cómo?, pregunto. "Así... a la mitad. Es como que... no sé, no termino de entender quién soy. Me siento a la mitad, no sé si me entiendo". G. hace 1 mes que vive en calle: se ha peleado con su madre -con quién se fue a vivir tras la muerte de su abuela- y ella lo echó. G. comenzó a "vestirme de ¿mujer, sería? cuando conocí a unos muchachos en una murga, ellos son travestis y me empezaron a invitar a fiestas. Tenemos fiestas donde participan camioneros, que no nos pagan con plata sino con droga. Qué drogas? Cualquiera: la que venga. Cocaína, pastillas, y mucho alcohol. Yo creo que más que nada tengo problemas con el alcohol porque no puedo parar de tomar: me tomo todo lo que hay. -Y sin drogas hay fiestas? No. Yo no puedo soportar que me toquen y hacer las cosas que tengo que

hacer. -O sea que vos ponés el cuerpo solo si estás intoxicado. Si, y ya no quiero ponerlo más: estoy asqueado. He pensado en operarme, no acá sino en Chile, acá no hay esa operación, pero no sé que soy. Y además tengo miedo: a uno de los muchachos lo agarró una patota y le pegaron tal paliza que se lo llevaron al hospital. Es una vida horrible, por eso he tratado de matarme muchas veces: saliendo borracho a la ruta, en bares de mala muerte provocando, y nada. Hasta de las vías del tren me sacaron...no sé si me entienden...por la mitad.”

Yo cierro el cuaderno donde estaba anotando algo de lo que habíamos y digo: -Te voy a hacer una pregunta. Podés contestarla o no, es tu derecho. Sufriste alguna experiencia de abuso o violación durante tu infancia? G. baja la cabeza y las lágrimas comienzan a brotarle como si tuviera un gotero: salpican las lágrimas, y el continúa con la cabeza gacha. Busco en mi cartera un paquete de pañuelos y se lo alcanzo. Toma un pañuelo y comienza a secarse, levanta la cabeza y -entre lágrimas- G. habla: “Cuando tenía 12 años yo volvía de la escuela y había una obra abandonada. Yo caminaba solo y una mano me agarró del cuello y me tiró de cara al piso: me violó no sé si una o más veces, no sé, yo lloraba porque me dolía, estaba lastimado...cuando lo ví era uno de los amigos de mi abuelo: un viejo que iba seguido a casa. El me amenazó con un cuchillo y me dijo que no se lo cuente a nadie porque ya todos se habían dado cuenta que yo era “raro”. Que yo lo había buscado. Qué él se había dado cuenta hace rato. No sé de que se había dado cuenta: si es verdad que yo no era como muchos de mis compañeros: no salía solo, no me metía en líos. Mi abuela me cuidaba mucho, y era muy recta: yo no quería causarle problemas. Era tranquilo, solitario. Estuve unas horas hasta que pude llegar a casa y dije que me había caído, y desde ahí tenía terror de salir a la calle. Estuve unos días sin ir al colegio, hasta que comencé a ir con la que después fue mi novia. Nunca se lo conté a nadie, a nadie...” -A nadie? “Bueno, a mi mamá si lo conté meses después. Ella me dio una cachetada y me gritó mentiroso. Así me llamó: mentiroso. También dijo que seguramente me lo había buscado...ahora que lo digo me doy cuenta que se contradijo, no? O era mentira o yo me lo había buscado...Mire lo que me vengo a dar cuenta ahora...”.

Cité a G. para el otro día, pidiéndole que les diga a los administrativos que lo anoten en la planilla. Se anotó como había concertado la cita: con su nombre y apellido de hombre. Un dato no menor.

Al otro día vino puntual: le dijo a su madre por teléfono que había ido a ver a una psicóloga y le había contado lo de la violación. La madre le dijo que “no recordaba nada de lo que él decía, que seguro era por las drogas que había estado tomando y que me pidiera que lo interne”. G. no quería internarse: “me dá vergüenza, me van a cargar, mire como estoy...”. Así, encuadré el tratamiento: no podía seguir viviendo en la calle o durmiendo en los galpones donde hacían las fiestas. Algún miembro de la familia podía alojarlo mientras hiciera tratamiento? Había una cuñada cuyo nombre coincidía con el mío (lo que ayudó al establecimiento de la relación transferencial). Lo acompañé a que la llame por teléfono y hablé yo con ella también: no tenía inconvenientes. Su marido, el hermano de G., ya lo había pensado porque la relación con la madre era muy mala y además en su casa se tomaba mucho alcohol. Iban a acondicionar una piecita al costado del terreno y además tenían una niña de 3 años que adoraba a G., lo mismo que él a ella. Podía cuidarla mientras hiciera el tratamiento, así se sentiría útil. A partir de ahí G. concurrió a la consulta 3 veces por semana durante dos meses. Luego se fue de vacaciones con su hermano y cuñada, y me llamó por

teléfono desde Gualeguaychú para avisarme que no vendría por un tiempo: una tía de Rosario le había ofrecido quedarse un tiempo en su casa para alejarse de sus viejas amistades, que habían empezado a buscarlo e incluso habían hecho un alboroto frente a la casa donde estaba viviendo (G. es un muchacho con rasgos muy bellos, y era muy codiciado por los “clientes”). Luego me llamó avisándome que iría con una familia amiga de la tía a Uruguay, que estaba muy bien, que se estaba “recomponiendo”. Tiempo después llamé por teléfono a la cuñada y me dijo que estaban terminando de construir la pieza donde G. iría a vivir cuando volviera. En el carnaval tomó alcohol y se emborrachó, por eso acordaron pase un tiempo lejos. Le avisaría que yo había llamado.

Al poco tiempo yo me iba a trabajar a otro Centro y un día por la mañana Gabriela, la administrativa, me llama y me dice: “A que no sabes quién vino a visitarte”. G. vestía un pantalón azul, zapatos negros, una camisa celeste a rayitas. Se había cortado el pelo, las manchas en la piel -tenía erupciones- habían desaparecido, había bajado de peso, se lo veía bien. “Vine a verla para contarle que estoy bien: quería que me viera, por eso no le avisé por teléfono”. Trajo un papel donde constaba que había entrado a trabajar en la Municipalidad en el sector archivo (interesante cambio en relación a los “papeles” de cocaína que tanto daño le habían hecho), y sí, G. había tenido una hija que tenía en ese momento 7 años: había hablado con su ex novia y acordaron que la iría conociendo de a poco. “En eso estamos, todavía no sabe que soy el papá pero tiene mi cara, mis ojos...es muy lindo estar un ratito con ella”. Y la mitad? “Ah, y estoy saliendo con una chica del trabajo...yo la conocía del barrio, pero yo estaba mal, se acuerda? Ahora estoy viendo, voy de a poco...capaz pienso en estudiar en la facultad, pero ya habrá tiempo...” . Fue la última vez que lo ví.

El tratamiento de G. tuvo un extra: mi indicación de que viera la película Transamérica. Allí se ve claramente el conflicto de vivir en un cuerpo equivocado. G. la vió en etapas, y trabajamos el tema durante largas entrevistas. Así, expondré brevemente las conclusiones en este caso “a la mitad”.

a) El motivo de consulta: yo presté mucha atención al hecho de que G. hubiera intentado matarse. Aunque fallido, el acto era un llamado de atención sin duda pero a quien? Una pista: la mujer policía. Una mujer que lo abraza y llora con él. El reverso de la madre que le niega el derecho a la identidad (no decirle quién era el padre a pesar de sus pedidos), que le niega la filiación y pertenencia (lo deja a cuidado y potestad de sus abuelos, mientras sí vive y cría a 7 hijos posteriores a G.), tras una violación le responde con una violencia inusitada: un cachetazo, una acusación (“mentiroso”) y la desmentida en el mismo movimiento encubierta (“lo habrás buscado”). Si el acting de G. estaba dirigido a la madre no había mucho que hacer allí: jamás se comunicó por teléfono ni acudió a las citas de tratamiento. La aparición de la cuñada del mismo nombre que la analista permite establecer un lazo transferencial que inscriba a G. en un deseo diferente: ser cuidado, escuchado, alojado. Por eso las indicaciones de tratamiento: por el cuidado del paciente y también del mío propio. Para el psicoanálisis el concepto de responsabilidad es basal y yo apliqué lo recíproco: le otorgué 3 entrevistas semanales, con horario fijo. Y él se responsabilizó: vino hasta con anginas o tormentas. No faltó nunca.

b) En relación al tema del abuso, este tema tiene que ver con mi experiencia clínica en el campo de las toxicomanías y adicciones. He escuchado en cantidad muy alta de pacientes que el tóxico se

ubica allí donde hay un algo que no puede ponerse en palabras. Y los “secretos” de la infancia en general remiten a la sexualidad. Así, muchas veces suelo preguntar directamente sobre el punto incluso en primeras entrevistas. El abuso y violación en la infancia y adolescencia son intrafamiliares la mayor parte de las veces. Cuando Freud enunció las teorías sexuales infantiles y por lo tanto otorgó a l@s niñ@s el derecho a tener deseos sexuales el mundo tronó. En la actualidad, esto se manifiesta muchas veces como “se lo buscó”: la niña que usa una pollera corta y muestra la bombacha, el niño que corre desnudo o se toca todo el tiempo su preciado pene, el sentarse a upa, los besos. Qué puede “buscar” un niño que es violado, amenazado con un cuchillo, golpeado y luego se le dice que se calle, que no le creerán, que “todos” ya se han dado cuenta de “eso”. Al no decir dicen lo siniestro: la escena no será olvidada nunca y lo peor es que no será dicha. Nadie merecerá la confianza o brindará un alivio ofreciendo una oreja. Que un consultante hable ante un analista, se hable, provoca algo del orden del alivio. Yo suelo ubicar el tema del abuso no solo físico, sino psíquico: un mayor (alguien de más edad) que abusa múltiplemente de alguien menor. En mi experiencia comenzar a hablar de ello, ser escuchado y escucharse a la vez en este doble movimiento magnífico de hablar-se, hace caer algo de lo siniestro al registro de lo simbólico: la palabra actúa y efectúa, causa. Así, muchos actos de la vida adulta comienzan a ser asociados a través de otra mirada, de otras palabras. En muchos casos el tóxico cede rápidamente, en el caso de G. (en el que los tóxicos eran simplemente un medio para poner el cuerpo sin conciencia) la caída vino por el lado de la mirada: mirar-se, ser-mirado por Otro.

c) Quiero remarcar el hecho de que para un analista la presentación externa (meramente imaginaria) y el rótulo que muchos consultantes portan al consultar (desde “soy adicto” a “soy fóbico”, desde “soy gay” a “soy infiel” y pónganle ustedes lo que se les ocurra a las comillas) no debe ser tenido en cuenta. Un análisis, una consulta, es un espacio donde el tiempo real se suspende y la atención está puesta en la palabra. Si es importante dejar de lado cuestiones morales o de época: en una entrevista con G. acordamos trabajar *más allá de*. Porque allí anudó su violación: ubicado como objeto del deseo del otro, sin otro lugar que quedarse “congelado” en su pensar-se deseante. “Mentiroso, ya nos dimos cuenta, todos sabemos, lo habrás buscado” lo dejó cual muñeco ante los otros. Esto fue aprovechado por su profesor de gimnasia en el secundario, con el que mantuvo relaciones ocasionales. Sin embargo sostuvo un noviazgo de cuatro años con la chica que lo ayudó a salir de su casa, a retomar su vida tras la violación. “Claro que me gustaba, y mucho. Pero no me imaginaba casándome con ella...teniendo sexo...sin embargo lo disfrutaba, las pocas veces que lo hicimos me lo pasé muy bien, pero no podía decirle que no a un hombre si me buscaba y no podía hacerle eso a ella: casi todos mis clientes, el profesor, todos, eran casados...yo no iba a hacerle eso a ella, no...” El análisis es un espacio de libertad amoral: hay que escuchar y hablar. En caso una consulta genere ruido, o nos ponga en una situación incómoda, enturbiando nuestra labor ahí mismo deberíamos pasar el caso a otro colega.

d) El abuso y la violación en niños habla de una falta de mirada y cuidados de los adultos responsables. Pero el silencio posterior, el miedo, la negación, la acusación desata en lo psíquico una mudez que paraliza el modo de vida adulto. Hay que dar un espacio para la tramitación del silencio: no sobrelleva olvido, pero libera. Así, cuando la palabra es dicha algo comienza a caer. En este caso, es un modo de pararse diferente ante el Otro. Correrse del “abusado”, y pasar a ser lo que se desee.

e) Los tóxicos se montan fácilmente en esos silencios que no enmudecen nunca. No es necesario hablarlos: el tóxico al principio parece apaciguar, no cobrar ningún costo. De hecho G. pudo participar de las fiestas y orgías intoxicándose, hasta que el tóxico comenzó a fallar: la ingesta, aún en aumento, aún en exceso, no permitía “sacar la mente mientras uno simplemente hace y deja hacer”, según sus palabras. Sin el mediador tóxico, la puesta del cuerpo era insostenible: de allí las vías del tren, puesta en acting. Durante el tratamiento el tóxico no fue llamado a mediar, ya que algo de la palabra cobró escenario: se le retiró la invitación, diríamos....

Bibliografía

- Foucault, M.: Qué es un dispositivo?/ En “Saber y Verdad”, colección “Genealogía del poder”, N° 10, Ediciones La Piqueta, Madrid, España, 1979.
- Miller, J.A., D’Angelo, L., Fuentes A. Y VS: Efectos Terapéuticos rápidos - Conversaciones clínicas con Jacques Alain Miller en Barcelona/ Paidós, 2005
- Miller, J.A. y Laurent, E.: El Otro que no existe y sus comités de ética / Paidós, 2005
- Maidana, M.: El dolor (en) cubierto: clínica psicoanalítica de las adicciones/ Memorias II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR/22, 23 y 24 de noviembre de 2010
- Monzon, I.: Aceptación o desmentida de la verdad del abuso sexual/ en Revista del Ateneo Psicoanalítico Nro. II, agosto, 1999